

Maneras de Vivir

José Talleyrand Rodríguez

Copyright © 2019

¿Dónde los errantes libres de este mundo? Por todas partes el hombre mismo es el estorbo peor para su destino de hombre.

Luis Cernuda

No sé si estoy en lo cierto,
lo cierto es que estoy aquí,
otros por menos han muerto,
maneras de vivir.

Rosendo

Vender, o no vender, ese es tu dilema. Cruzas la puerta del bar-café. La brisa de la tarde da sobre tu cara. Tus ojos se adaptan a la luz del sol. Ante ti tienes una vista parcial de la Plaza de San Jerónimo. Necesitas distracción. Tienes casi una semana tratando de decidir si vendes o no una parcela de terreno compartida en sociedad con tu hermano. Es una herencia familiar. La parcela está localizada en una zona en expansión de la ciudad. Tu hermano la quiere vender para poder casarse. A ti la idea no te atrae. Le tienes cariño a ese trozo de tierra por ser un regalo de tus padres. Además su venta va a ser complicada. Limita con una zona verde de la ciudad. El Concejal del Ayuntamiento que maneja los permisos de venta de terrenos quiere un 15% del valor de la parcela para él. Tu hermano aceptó pagar. ¡Es un hombre enamorado! A ti la tajada del Concejal te parece excesiva. ¿Qué motiva a toda esa gente activa dentro de la Plaza? Tu cuerpo se pone en movimiento, empiezas a recorrer la Plaza de San Jerónimo.

Con cuidado evitas pisar los excrementos, huellas de vida, que han dejado pájaros y perros sobre el cemento que cubre parte del suelo de la Plaza. Tres, dos, cinco. A tu izquierda hay un jardín. Sobre la grama, a la sombra de unos olmos, descansa un grupo de personas. Te acercas a ver lo que hacen. La mayoría son jóvenes de entre 15 y 20 años. ¿Estudiantes? Miras a tu alrededor. En las cercanías de la plaza divisas la fachada de un college. Los jóvenes rodean a un hombre ya maduro que viste un viejo traje marrón de dos piezas con camisa blanca y corbata negra. Un profesor. Habla entusiasmado:

- ... Para nosotros hoy día es difícil de entender el impacto que causó la física cuántica cuando el hombre descubrió su existencia a comienzos del siglo veinte. Dentro de la

física clásica, la idea de que un electrón podía exhibir las propiedades de una partícula o una onda era inconcebible. ¿A ustedes no les molesta la idea de que el electrón pueda ser al mismo tiempo dos cosas diferentes?

Es una clase de física al aire libre. No sabes que responder a la pregunta del profesor. En ese momento tu mente está atrapada en un dilema de otro tipo. Un muchacho sentado sobre la grama al lado de dos muchachas trata de impresionarlas:

- Profesor, si una persona puede ser al mismo tiempo dos cosas completamente opuestas, ¿por qué un electrón no puede ser simultáneamente una partícula y una onda? Yo no lo veo extraño.
- Una observación interesante Miguel. En el mundo macroscópico es evidente la diferencia entre una partícula y una onda, pero el electrón es un ente microscópico, sub-atómico. Muchos experimentos han demostrado la doble naturaleza del electrón. Esta dualidad partícula-onda puede provocar situaciones o fenómenos que son difíciles de entender utilizando nuestro sentido común o experiencia cotidiana. ¿Cuántos aquí han oído hablar de la paradoja del gato de Schrödinger?

Tú no. O quizás sí, pero desde entonces ha pasado mucho tiempo y ya no recuerdas quien fue Schrödinger o si tenía un gato. Miras hacia donde está el grupo de estudiantes. Ninguno da una respuesta afirmativa. El profesor prosigue:

- El gato de Schrödinger es probablemente la paradoja más popular de la física cuántica. Fue propuesta por Erwin Schrödinger, un Premio Nobel en Física, en el año 1935. Es un experimento, un ejercicio, mental. Imagínense a un gato encerrado dentro de una caja sellada y completamente opaca. En el interior de la caja, además tenemos un cañón de electrones situado en frente de un detector conectado a un martillo que al caer rompe una botella llena de gas venenoso. Si un electrón da sobre el detector, se activa el mecanismo rompiendo la botella con gas venenoso y el gato muere al inhalarlo. La lógica de nuestro mundo cotidiano, macroscópico, nos dice que el gato puede estar vivo o muerto dentro de la caja. Pero las leyes de la física cuántica son diferentes. El electrón que disparamos del cañón al detector es al mismo tiempo partícula y onda. Puede salir disparado como una bala, dando en el detector y provocando la muerte del gato. Pero al ser una onda, el electrón también puede tomar un camino contrario al detector, dejando vivo al gato. Según las leyes de la física cuántica el gato esta simultáneamente vivo y muerto. ¿Qué opinan de esto?

Otra vez nadie responde. Los estudiantes se miran unos a otros sin decir palabra. Te olvidas del dilema de vender o no vender tu parcela de terreno. Sientes que estás ante una revelación trascendental. El profesor reanuda la clase:

- Ahora bien, al abrir la caja, vamos a encontrar al gato vivo o muerto. ¿Qué ha pasado? Al interactuar el sistema con nosotros, el mundo macroscópico, forzamos una realidad y el gato no puede estar simultáneamente vivo y muerto. O lo uno o lo otro. En 1957, Hugh Everett, otro físico, propuso una interpretación de esta paradoja

de la cuántica. Para Everett, el gato está siempre vivo y muerto: el gato vivo y el gato muerto habitan en dos ramas del universo que son igualmente reales pero nunca interaccionan la una con la otra ... Formen grupos de trabajo y analicen lo que he dicho.

¿Simultáneamente vivo y muerto? ¿Dos ramas del universo que son igualmente reales pero nunca interaccionan entre ellas? Gracias a Dios tú no eres un alumno en esta clase de física. Ves como los estudiantes se agrupan. Oyes lo que hablan. Algunos utilizan argumentos matemáticos que no puedes seguir. ¡That is life! Pero no todos están interesados en las complejidades de la física cuántica y la paradoja del gato de Schrödinger. Una muchacha y un muchacho se alejan hacia una fuente localizada a unos diez metros de donde tú estás. Van tomados de la mano. El profesor de la clase observa cómo se separan del resto de los estudiantes. No lanza al aire ninguna queja o reclamo. Conoce bien la magnitud de la fuerza que junta al muchacho y la muchacha. ‘¿Un primer amor?’ te preguntas. Sonríen al verse a los ojos. Se tocan como si en sus cuerpos existiera toda la esencia vital del universo. Parecen estar en éxtasis. Tu mente te juega una mala pasada. Coloca a tu hermano en el lugar que ocupa el muchacho. Es claro que no puede vivir sin ella, tiene que casarse. ¡Mon Dieu! Ahora va a resultar que tú eres el malo de la partida: El tonto sentimental que no quiere vender el trozo de tierra que le dejaron sus padres o el tipo duro que se niega a darle al Concejal del Ayuntamiento la tajada que pide por la venta del terreno. Decides que no puedes permanecer más tiempo en el lugar donde estás parado. Tu cuerpo entra nuevamente en movimiento.

El pasillo por donde caminas da al corazón de la Plaza. Éste tiene forma de circunferencia. En el centro se ve una estatua en bronce de San Jerónimo. Te impresiona por su solemnidad. Hace más de dos siglos, cuando construyeron la Plaza, a alguien se le ocurrió colocar la estatua en ese lugar para que el santo teólogo iluminara al mundo con su sabiduría. ¿Qué diría San Jerónimo de tu dilema? ¿Qué opinaría de la paradoja del gato de Schrödinger? Lees unas palabras escritas en la base de la estatua: Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Nada, no te dicen nada. No sabes latín. Examinas el perímetro de la circunferencia que es el corazón de la Plaza. En un costado hay una caseta de venta de comida. Mama Isabel. Es famosa por sus empanadillas de carne. Más allá, a unos quince metros, está el puesto de trabajo de un dibujante o retratista. Tiene a varias personas a su alrededor. Tu cerebro

organiza un itinerario: primero ver lo que hace el dibujante, después probar un par de empanadillas, y luego a casa.

El dibujante está sentado cómodamente en una silla de mimbre. Delante tiene un caballete que sostiene el papel donde traza retratos en creyón. Le estimas unos cincuenta años de edad. En su cabello y barba rubios se ve un buen número de hebras de color blanco. Viste con sobriedad un pantalón de tweed gris claro con una camisa de seda azul. Algo en sus gestos indica que es una persona culta. Debajo de la silla donde está sentado, al lado de un conjunto de lápices de color, ves un viejo libro titulado La Cultura del Renacimiento. El hombre dibuja el retrato de una señora y un niño sentados inmóviles en un par de taburetes. Con trazos precisos capta sobre el papel los rasgos esenciales de los dos seres que tiene en frente de él. Su trabajo merece la admiración que despierta en las personas paradas a su alrededor. Le notas una cierta tendencia a alargar el cuerpo y los rostros de los retratados. ¿Un truco óptico? Su técnica te hace recordar a un antiguo pintor de siglos atrás. Haces memoria. El antiguo artista, un tipo extravagante, se hizo famoso pintado entierros y martirios de santos. Sus figuras muchas veces tenían un carácter fantasmagórico. Vivía en la ciudad de Toledo en España ... No, no das recordado su nombre. Lo tienes en la punta de la lengua, pero no termina de caer. Decides relajarte y disfrutar del trabajo del maestro. Siempre te ha fascinado la habilidad que tienen algunos seres humanos para representar el mundo en un pedazo de papel, un lienzo o una pared. Esto es arte. ¿Y si le pides al maestro un retrato para regalárselo a tu hermano en lugar de vender la parcela de terreno? No, esa no es la solución a tu dilema. Sería una broma de mal gusto. Concéntrate ... Notas algo curioso. El dibujante, al mismo tiempo que ve hacia donde están la mujer y el niño que está retratando, observa de reojo a un par de hombres parados al lado de la caseta donde venden comida. El mismo gesto una y otra vez. Es difícil captarlo pero está ahí. Por una fracción de segundo, cuando el dibujante ve de reojo a los dos hombres parados en el expendio de Mama Isabel, su cuerpo se llena de terror. ¿A que le teme? Desde donde estás no observas nada extraño. Los dos supuestos enemigos parecen seres completamente inofensivos. Intrigado decides investigar. Ha llegado el momento de ir a probar las empanadillas de carne.

Lentamente caminas hacia el expendio de Mama Isabel. Al cercarte un dulce aroma a comida te atrapa. Lo ignoras y examinas en detalle a los dos hombres parados al lado de la caseta. Uno de ellos, el más joven y de menor estatura, viste pantalón kaki con una franela negra.

Una cartera o bolso de cuero cuelga de su hombro derecho. Su cabello pardo oscuro está casi completamente rapado al estilo militar. En la parte de abajo de la mejilla izquierda tiene una fea cicatriz. ¿Un corte de cuchillo? Al verte el hombre te guiña un ojo y te invita a comer una empanadilla. El otro hombre viste camisa y pantalón de denim azul con un cinturón y botas de cuero. Un cowboy junkie. Sobre sus hombros y espalda luce una chaqueta marrón amplia de corte a media pierna. Lleva su larga cabellera de color castaño recogida en una coleta. Está conversando animadamente con la dueña del expendio de comida. Toma notas sobre un trozo de papel. Te acercas e intentas oír de qué hablan:

- Lo esencial está en el guiso de la carne – comenta la mujer. Dígale a su señora que lo haga con los ingredientes que le di. Yo por lo general preparé el guiso con la carne la noche antes de hacer las empanadillas y lo dejé en una nevera reposando.
- ¿Y cómo fríe las empanadillas? – pregunta el hombre mientras toma notas.
- ¡Nada de freír! – precisa la mujer. Su señora tiene que cocerlas al horno. El jugo del guiso ayuda a cocer la masa lentamente y le da un sabor especial. Si quiere freír las empanadillas no use aceite, le puedo recomendar una manteca especial que no las llena de grasa.
- No, no, no. Al horno serán hechas. Hay que prepararlas de la manera correcta.

Satisfecho el cowboy junkie guarda el trozo de papel con sus notas en el bolsillo inferior izquierdo de su chaqueta. El movimiento hace que la chaqueta oscile y por un instante la tela en el exterior del bolsillo inferior derecho adopta la forma de una pistola. Te asustas, no puedes evitar ver hacia donde está el dibujante, pero la actitud de los dos hombres parados cerca de ti es, sin lugar a dudas, amigable. Hablan relajadamente sobre los distintos tipos de empanadillas que han saboreado en sus andanzas por el país. Cada región, cada pueblo, tiene su forma especial de hacerlas. Una muestra de la creatividad humana. Le pides una ración mediana de empanadillas a la dueña de Mama Isabel. Pruebas una. ¡Uuhhh! ... Algo fuera de lo normal. Comes otra. Se te ocurre la idea de montar un kiosco de venta de empanadas. Tu hermano no cocina pero su novia es buena cocinera. Si el kiosco produce dinero suficiente se podría evitar vender la parcela de terreno. Por supuesto, el kiosco habría que montarlo en otra parte de la ciudad, lejos de la plaza de San Jerónimo, aquí sería imposible competir con Mama Isabel. Estás considerando la logística de tal negocio cuando observas la llegada al corazón de la Plaza de un grupo de hombres.

Son cuatro. En su vestimenta predomina el negro. Chaquetas, gorras y lentes oscuros. Atuendos seleccionados para dar anonimato e intimidar. Cuatro miembros de un gang. Rinos. Es extraño verlos a media tarde y en un lugar público. Algo ha hecho que salgan de su hábitat

natural. Se detienen a unos metros de donde está el dibujante. El maestro trabaja el retrato de un anciano, trata de ignorarlos. Ellos no parecen tener prisa. Hablan y bromean. Se sienten seguros. Probablemente están armados. ‘Simultáneamente vivos y muertos’ te dices. Los dos hombres parados al lado de la caseta de Mama Isabel intercambian miradas. El que tiene la cicatriz en el rostro se despide y aleja caminando sin prisa. Evita cruzarse directamente con los cuatro Rinos recién llegados. Camina a sus espaldas dándole la vuelta a la circunferencia que marca el centro de la Plaza. Su compañero, el cowboy junkie, pide otra ración de empanadillas y te invita a comer con él. Su gesto te tranquiliza. Él y la dueña de Mama Isabel se enfrascan en una conversación analizando las ventajas y desventajas de la carne y el queso a la hora de rellenar empanadillas. Tu mente trata de absorber la mayor cantidad posible de información. Cada vez consideras más factible la posibilidad de montar un kiosco de empanadillas, sería la solución a tu dilema. Sí, tu hermano, su novia, y tú podrían ser socios. Un grito te toma por sorpresa cortando tus pensamientos. Palabras en voz alta:

- “Greco” deja de dibujar ... ¿Dónde está la camioneta con el dinero?

Asustado rotas tu rostro hacia donde está el dibujante. Los cuatro Rinos lo han acorralado. Sacan sus armas. ¡Dos disparos al aire! El dibujante queda paralizado por el terror. La gente abandona presurosa la Plaza. Dentro del expendio de comida la dueña no sabe qué hacer. No puede abandonar la caseta, ha trabajado duro, todo lo que tiene de valor está ahí. Llena de miedo se echa al suelo. Identificas una ruta de escape. Tus piernas no se mueven. ‘¡Mierda!’ El cowboy junkie nota tu predicamento. Sin decir palabra da media vuelta y con pasos lentos se encamina hacia el lugar donde se encuentran el dibujante y los Rinos. En su mano izquierda lleva una empanadilla, la derecha se mueve libre en el aire a la altura del bolsillo inferior derecho de su chaqueta. Observa a los cuatro Rinos que tiene delante. A sus espaldas, sin que ellos lo noten, el hombre con la cicatriz en una mejilla ya está listo para entrar en acción. De la cartera de cuero que cuelga de su hombro derecho extrae una escopeta automática con cachá y cañón recortados.

- Señores mejor nos dejamos de tonterías. Cada quien se va para su casa y aquí no ha pasado nada – sugiere el cowboy junkie moviendo la empanadilla en su mano izquierda con un gesto cordial, no quiere problemas.
- Vaya con el pendejo ... ¿Tú quién eres? ¿Y a ti quién te ha dado vela es este entierro? – pregunta el jefe de los Rinos.
- Teniente de policía Ignacio José Malpica, Fuerzas Especiales.

Abres tus ojos perplejo al oír la revelación. Los cuatro Rinos tratan de disparar contra el policía que tienen en frente. Eso los sentencia. La escopeta del segundo policía comienza a funcionar. Vomita fuego. Al sentir los perdigones en sus espaldas los Rinos tratan de volverse. El cowboy junkie saca de su chaqueta una pistola semi-automática y la deja hablar por él. Ante tus ojos tienes una matanza. El tiroteo solo dura unos segundos. Al final cuatro hombres yacen sobre el suelo de la Plaza. Ves como la sangre sale de sus cuerpos y cubre el cemento. Pistola en mano el cowboy junkie se aproxima al dibujante. Éste está de rodillas. Lagrimas brotan de sus ojos.

- “Greco”, buen artista, mal ladrón. ¿Qué has hecho esta vez? ... ¿Dónde está esa camioneta llena de dinero?
- Ignacio José ... No me mates ... Sí, Mariano, Luis y yo nos robamos la camioneta pero no sabíamos lo que iba adentro. ¡Te lo juro! ... Mariano vio que todos los viernes por la tarde la camioneta salía de la zona portuaria hacia el centro de la ciudad. Nos imaginamos que cargaba algún tipo de contrabando metido con la ayuda de la gente de la aduana ... ¿Cómo íbamos a saber que en la camioneta llevaban dos millones y pico de dólares pagados como soborno al Instituto de Puertos? ¡Imagínate eso! ... Al ver el dinero nos dimos cuenta de lo que habíamos hecho y abandonamos la camioneta. ¡Te lo juro! ... Ignacio José no me mates.

El policía vuelve a colocar la pistola dentro de su chaqueta. Con desgano mira la empanadilla en su mano izquierda. La deja caer al suelo.

- En tremendo rollo te has metido “Greco”. Estos cuatro de alguna manera se enteraron de tu participación en el robo de esa camioneta. Mientras ese montón de dinero exista tu vida no vale nada. Tienes que desaparecer por un tiempo y hacer que esos dos millones y pico de dólares también desaparezcan.
- ¿Cómo? ... Es mucho dinero Ignacio José.
- No sé. Ese es tu problema ... ¿Quién necesita ese dinero? ... Pon a correr un rumor, dile a la gente de los barrios pobres donde está la camioneta con el dinero proveniente de los sobornos. Entre todos, ellos pueden tomar el dinero y darle un buen uso. Desaparecerlo. Que se sepa que tú ya no lo tienes. Ahí está tu salvación.

El dibujante se incorpora y echa a correr hacia la parte de la ciudad donde están los barrios marginales. Una vez más observas a los cuatro hombres tirados sobre el suelo de la Plaza. Solo uno de ellos se mueve. Te das cuenta de lo que es la realidad. En la rama del universo en que tú habitas, el gato de Schrödinger está muerto, también lo están tres de los cuatro atacantes, y tú vas a vender la parcela de terreno que te dejaron tus padres porque la vida es corta y hay que disfrutarla.